The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014543265

898.2 Lugones
L95L El libr
paisajes

DATE
4/9/42 Bendu

Library Bureau Cat.

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

JUL 10 2011
MAY 12 2011

LEOPOLDO LUGONES

EL LIBRO
DE LOS
PAISAJES

M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES - 1926

*

PRINTED IN ARGENTINE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

VERSO

Las Montañas del Oro	*(agotado)*
Los Crepúsculos del Jardín	(2.ª edición)
Lunario Sentimental	*(agotado)*
Odas Seculares	"
El Libro Fiel	"
El Libro de los Paisajes	(2.ª edición)
Las Horas Doradas	*(agotado)*
Romancero	(2.ª edición)

PROSA

La Reforma Educacional	*(agotado)*
El Imperio Jesuítico	"
La Guerra Gaucha	(2.ª edición, en venta)
Las Fuerzas Extrañas	*(agotado)*
Piedras Liminares	"
Prometeo	"
Didáctica	"
Historia de Sarmiento	"
Elogio de Ameghino	"
El Ejército de la Ilíada	"
El Payador (tomo primero)	"
Mi Beligerancia	"
Las Industrias de Atenas	"
La Torre de Casandra	"
El Tamaño del Espacio	"
Acción	"
Filosofícula	
Cuentos Fatales	
La Organización de la Paz	
Estudios Helénicos	
I La Funesta Helena	
II Un Paladín de la Ilíada	
III La Dama de la Odisea	
IV Héctor el Domador	
El Angel de la Sombra	(novela)

EL LIBRO DE LOS PAISAJES

EDICIONES M. GLEIZER

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

El Angel de la Sombra
1 VOLUMEN

La Guerra Gaucha
1 VOLUMEN

El Libro de los Paisajes
1 VOLUMEN

Las Fuerzas Extrañas
1 VOLUMEN

Lunario Sentimental
1 VOLUMEN

A. DE MARTINO. — 24 DE NOVIEMBRE 47 - 65 — BUENOS AIRES

LEOPOLDO LUGONES

PQ7797
.L85
L5
1926

EL LIBRO

DE LOS

PAISAJES

(II EDICION)

The Library
The University of North Carolina
Chapel Hill

M. GLEIZER - EDITOR
TRIUNVIRATO 537
BUENOS AIRES - 1926

Queda hecho el depósito
que marca la ley.
Copyright by Gleizer 1926

Library of the
North Carolina

CONIVGI DILECTISIMÆ
JVANA GONZALEZ
INTIME.

371143

EL HERMOSO DIA

Tan jovial está el prado,
Y el azul tan sereno,
Que me he sentido bueno
Con todo lo creado.

El sol, desde su asomo,
Derramó por mi estancia
El oro y la fragancia
Del polen del aromo.

Sentimental, el asno,
Rebuzna su morriña,
Y ayer, como una niña,
Floreció ya el durazno.

SONATA PRIMAVERAL

Oh amiga que tan dulcemente amparas
En tu suave amistad mi hosca fatiga,
Purificando con tus manos claras
Mi obscuro corazón, oh dulce amiga.

Si no puedo decir lo que te amo,
Oh mi triste, perdona a mis amores,
Y para ser piadosa con las flores
No tardes mucho en desatar el ramo.

Merece la bondad con que lo asistes
Cuando a tí se confía, lastimero,
Corazón que, tan sabio en cosas tristes,
Sólo sabe decir *cómo te quiero*...

Al amor de la tarde ya más rubia,
Que algún suspiro a la pradera arranca,
Te ha presentido en tu batista blanca
Con un murmullo de ligera lluvia.

(Encanto pastoril, jovial secreto
Que diluye en contornos más lejanos,
La blusa clara, el escarpín coqueto
Y la gentil capota con acianos).

Así alcanza primicia venturosa
De florecer en tu temprana cinta,
Al mismo tiempo que la vieja quinta
Como un sueño de amor se aclara en rosa.

Y una emoción más grave lo estremece,
Al llenarlo de tí la primavera,
Con ternura tan honda, que parece
Que va a llorar — como si no supiera.

Cada día que pasa está más cierto
De ser más tuyo y de saber que lo amas,
Como se ve más cielo entre las ramas
Cuando se empieza a deshojar el huerto.

(Serenidad azul que predestina
A una gracia mejor por más discreta,
Como entre la hojarasca de la encina
Se complace feliz la violeta).

Corrió el año, y la nieve fué su engendro,
Y nevó en mí, mas con candor tan leve
Y angelical, que de esa misma nieve
Mi alma se emebelleció como el almendro.

Y la sombra llegó, y la tierra en calma
Flotó en su seno, como nunca bella,
Y yo me iba tranquilo con tu alma
Como se va la noche con su estrella

Lejos de la extensión obscurecida,
Marchamos ya sin pesadumbre alguna,
Y nuestras sombras alargó la luna
Sobre un prado ulterior de la otra vida.

(Soledad del amor; claro desvelo
De rocío y de luz; susurro vago
De almas que tiemblan próximas al cielo
Como ramas obscuras sobre un lago).

Mulló su arena pálida el olvido...
Y allá en la orilla azul de la mañana,
Nuevamente cantó la alondra ufana,
Y el duraznero amaneció florido.

Oh amiga que tan suavemente curas
El encono del cardo y de la ortiga,
Apaciguando con tus manos puras
Mi torvo corazón, oh suave amiga:

En la campestre exhalación del heno,
Un sabor de buen pan la vida cobra,
Y con los ojos que alza de la obra
Bebe la fuerza del azul sereno.

Hínchase el alma audaz como una vela,
El mundo, como un yunque, está sonoro,
Y en el campo que al cielo se nivela,
La luz deshoja su retama de oro.

Tras las huellas azules de tu planta,
El deseo se humilla más huraño;
Y como el mirlo oculto en el castaño,
Mi corazón su soledad te canta.

Cruza los aires un arrullo agreste,
El orbe está magnífico y desierto,
Y contigo es la claridad celeste
Que te alboroza como a un lirio abierto.

Así con esa plácida alegría
Que en abismado azul mi ser dilata,
Compuse esta sonata, una sonata
Simple y cordial: *quasi una melodia*...

VERANO

Vuelve con las canículas eternas
El azul de la aurora a ser ventura.
Las noches mecen en su astral hondura
Un húmedo silencio de cisternas.

Domestica la tarde ovejas tiernas.
El arrullo se intima en la espesura.
La falda clara, gentilmente augura
Una pulgada más de lindas piernas...

En próvida sazón de resolana,
El sol hace negrear la uva pagana.
Echa una rosa campesina al cesto

De la pastora, y con amor de artista,
En la barba del viejo pone un gesto
Sobrio y jovial de sátiro flautista.

LAS CIGARRAS

I

Con la aurora estival rompe su coro.
La seda azul del sueño hacen harnero.
Cascabeles del sol cuyo pandero
Las despilfarra en cáscaras de oro.

Asolando las mentas y las malvas,
El creciente calor flagra su dardo,
Y cada una, así herida, es un petardo
Con que gasta el amor pólvora en salvas.

Bajo la paz del campo que se dora
Como el pan, al rescoldo de la siesta,
Parece que el estío en ellas tuesta
Sus gárrulas castañas a deshora.

Dando al clásico ripio el "vano alarde"
De habernos aturdido todo el día,
En su ya fatigado son chirría
La lejana carreta de la tarde.

Cuando en quietud de especular laguna
El plenilunio cálido alucina,
Entorchan su bordón de plata fina
Para el laúd ebúrneo de la luna.

Y todavía, en obstinado roce,
La más ronca y urgente del enjambre,
Finge con su timbal cascado alambre
De péndola que está por dar las doce.

II

Ya el tordo ministril canta en las vides;
Pulsan en el estanque claras glotis,
Y las dulces pupilas de miosotis
Dicen con su celeste *no me olvides.*

La blonda madurez de la algarroba
Peina bucles de sol; se almizcla el chivo;
Y como joven cabra, en su aire esquivo,
Seduce la que fué zagala boba.

El almíbar frutal bulle en la paila;
Guiña mil ojos el racimo negro;
Y al ritmo de su más inflado alegro,
Borracho el Carnaval insulta y baila.

Todo eso está en el coro paladino
Que con ardor viril al sol saluda,
(Porque madama la cigarra es muda
A pesar de su sexo femenino).

Así el buen cigarrón templa su solo
— Feliz marido, como dice Lope —
Con él acendra el mosto y el arrope,
Y aspira a una hoja del laurel de Apolo.

Por esto, en la guirnalda que les trenza,
Confunde el arte eclógico sus ramos:
Anacreonte da rosas de Samos,
Y Mistral mejorana de Provenza.

III

Fútil cantora, sonora cigarra,
En la alegría de tu aire pueril,
Crispa su prima sutil mi guitarra,
Bate su parche mi azul tamboril.

DELICIA OTOÑAL

Llora una lenta palidez de ocaso
En un deshojamiento de alamedas.
Parece que siguiendo nuestro paso
Fuera el silencio fiel con plantas quedas.

Piérdese un ave obscura a la distancia...
Póstranse en el jardín tardías flores,
Como si suspirase en su fragancia
La embriaguez de los últimos amores.

Espiritual serenidad de frente
Aclara el cielo. Cuchichea el nido.
Y en su mármol recóndito la fuente,
Con gota inmemorial canta el olvido.

LA VIOLETA SOLITARIA

Miré, al descansar la escopeta,
En la roja hojarasca del claro,
Solitaria y gentil violeta.

A lo lejos oyóse un disparo...
Mas, pronto, el silencio exclusivo
Recobró su evidencia de amparo.

El tiempo corrió sin motivo.
Dulcemente llegaba el invierno.
Y en su gota de azul pensativo,
La flor reflejaba lo eterno.

NIEVE FLORIDA

Nevó y sobre la tierra descendió blandamente,
Cuajando en la nevada su luz el cielo en flor.
Así, cuando la noche palideció al Oriente,
Todo era sombra, arriba, y abajo, todo albor.

Albor de blandas felpas y de argentinos tules
Que a la noche tendieran un lecho de jazmín,
Donde ella dejó al irse largas sombras azules,
Y un nimbo de grande ángel, más azul, al confín.

Frescor de madreselva tenía el aire leve.
Abría sendas místicas la blanca soledad.
Y en la inmensa azucena lánguida de la nieve,
Se inclinaba el silencio desde la eternidad.

PAJARITOS DE INVIERNO

Tic-tic.. tic-tic-tic... Y en el pío
Que tritura fantástica miga,
Gime ya la miseria del frío.

Escarbando una vieja boñiga
Saltan, pican, sumisos, menudos,
Al rigor de la racha enemiga.

Sobre el gris de los campos desnudos,
Su pío inocente mendiga...

MAPAMUNDI

EL NORTE

Como delgado alambre, un aura fría
Por el aire de vidrio cruza a ratos.
La luna hunde entre escombros insensatos,
Tras los mares de mármol su agonía.

En constricción de enormes pugilatos,
Raya los lurtes acerada estría,
Cuajando largas venas de agua umbría
Inyectadas de lívidos sulfatos.

Un gran reno lapón, hacia el aprisco
Vuelve sus belfos húmedos y tiernos;
Y erizado de amor su pelo arisco,

Brama en el corazón de los inviernos
A la luna glacial en cuyo disco
Inscribe el tosco ramo de sus cuernos.

EL ORIENTE

Con irritados cobres se colora
La extensión de los densos arenales,
Y un humo de oro, en rizos irreales,
Flota sobre la brasa de la aurora.

En acerbos azules se evapora
El día. La palmera en los eriales,
Desgreña sobre ciegos manantiales
Lóbregas crenchas de mujer que llora.

Padece el dromedario macilento
La resolana cruel como una llaga.
Febril empieza a delirar el viento.

Pesa en los hombros una angustia aciaga.
Y en lento ascenso el sol, como un sangriento
Bostezo de león, las sombras traga.

EL SUR

Silencio y agua enorme... En la lejana
Perspectiva, dibuja el mar severo
Una sutil horizontal de acero
Sobre la transparencia meridiana.

Como vedija de tupida lana,
Flotante en el añil del tintorero,
Surca la ova un cálido reguero
Que en efusiones de zafiro emana.

Deja el monzón en el salino ambiente
Un ligero perfume de canela.
La honda maternal, serenamente

Palpita, llena de emoción confusa,
Y en su leche de ópalo congela
El copo de cristal de la medusa.

EL PONIENTE

Espéjanse en la ciénaga tranquila,
Sombríamente gráciles las cañas
Y los juncos, cual lúgubres pestañas
Que velan una líquida pupila.

La fúnebre humedad de las campañas
En desabridos hálitos se ahila;
Y desde el mar distante, un vaho lila
Inciensa lentamente las montañas.

Encogida en hierática postura,
Sobre el pantano en cuya quieta hondura
Palpitan hipos de cristal sonoro,

Sueña la garza inmemoriales duelos...
Mientras el sol, en los aguados cielos,
Pone una larga pincelada de oro.

REPIQUE MATINAL

Che hanno le campane,
che squillano vicine,
che ronzano lontane?

PASCOLI.

I

Prolonga la campana
Su loa matutina,
Con la calma, vecina,
Con el viento, lejana.
La azulina mañana
Desgrana cristalina,
Tanto oro y perla fina
De la loa temprana,
Que una gloria divina
Los campos engalana.
Y la voz argentina
Llama en la paz aldeana,
A Viviana ladina
Y a Martina lozana:
Viviana, viana, viana,
Martina, tina, tina.

II

Bosteza la Martina,
Murmura la Viviana,
Mientras, cual nunca ufana
De aurora campesina,
La inquieta golondrina
Les trina en la ventana
Su charla cotidiana
De eterna peregrina,
A una por holgazana
Y a la otra por mohina.
Y el gran son que culmina
Sobre nubes de grana,
La arrebata, liviana,
Con fuga repentina,
Que distante o cercana,
Rápida o paulatina,
Rompe en la barbacana
Gárrula tremolina,
Y al pie de la colina
Remansos de oro aplana.

III

Alzan su loa hermana
La fuente cantarina
Y el gallo que echa diana,
Y el cobre en la cocina,
Y el hierro en la roldana;
La hierba rusticana
Donde se disemina
La escarcha diamantina
Como una filigrana;
La fútil ventolina
Que en el follaje explana
Su tema a la sordina;
Y la calma hortelana,
Que allá a la resolana,
Como miel ambarina
Se dora en la manzana;
Y la lenta neblina
Que en el monte devana
Su copo que ilumina
La púrpura serrana;
Y la alondra galana
Que en lo azul se alucina.

IV

Y a la fuerza genuina
Que en el surco se afana,
Y a la voluntad sana
Que en el yunque se obstina,
Ampliando soberana
La voz de la campana,
Su himno de oro combina
La luz de la mañana.

CANTARES DEL MAR Y DE LA LUZ

ALBA

Lánguido nudo de tul
En la bruma se desata.
Apunta un claror de plata
Y el mundo se pone azul.

Parece que la hermosura
En su prístina evidencia,
No es más que una transparencia
De aire, rocío y frescura.

Hasta que el rayo oriental
Dilata un temblor de oro,
Como un guijarro sonoro
En un árbol de cristal.

LA CALANDRIA

Escala, escala, escala,
Alegra, alegra, alegra
La inmensidad aun negra
Que ya trasluce en su ala.

Altísima se absorbe
Cantando cielo adentro,
Y aquel canto es el centro
Palpitante del orbe.

Canta, y de su alegría
Nace el azul divino,
Y en el cristal del trino
Se va aclarando el día.

El cielo, sobre el mar,
Es un jardín ligero,
Donde inclina el lucero
Su botón de azahar.

Y en idilio pueril,
Tras un vago arrebol,
Se encumbra el canto al sol,
Sutil, sutil, sutil...

LA MAÑANA

Es la brisa tibia y leda
Un aroma que desmaya.
Tendido al sol en la playa
Peina el mar canas de seda.

Rodando su azul gigante
Que de nubes se enmaraña,
El cielo es una montaña
De mármol y de diamante.

En la arena, apenas rota,
Escribe asidua la espuma,
Y le dan papel y pluma
Las alas de la gaviota.

EL SOL

I

En cada ola que va a dar
Larga y turgente a la arena,
El sol trasluce una vena
De la sangre azul del mar.

Con el rayo que colora
Su elemento diamantino,
Circula, en raudal divino,
La ambrosía de la aurora.

Y el silencio matinal,
Bajo el azul juvenil,
Vacila en una sutil
Fragilidad de cristal.

II

De las aguas luminosas
Del mar que apenas se crispa,
Escápanse en cada chispa
Inflamadas mariposas.

Sobre aquel brillante rastro,
Nubes de airoso remonte,
Alzan en el horizonte
Una ciudad de alabastro.

Una llama es el ambiente,
Y en aquel calor de oro,
El sol parece sonoro
Y el mar calla inmensamente.

III

Sin un rizo ni un chapuz,
Sobre el claro mar de estío
Brota un trémulo plantío
De nenúfares de luz.

No hay un ave ni una vela,
No hay un soplo ni una nube.
Parece que al cielo sube
Toda aquella agua que riela.

Así, al resplandor solar
Que exalta aquel hondo anhelo,
El mar palpita en el cielo
Y el cielo flota en el mar.

La calma azul se levanta
Cual mística flor de loto,
Y en el silencio remoto
Cielo y mar son luz que canta.

CREPUSCULO

Desde el abismo distante,
La noche, con tardo vuelo,
Invade el pálido cielo
Como una águila gigante.

Venus, como nunca bella,
Rompe el vespertino tul,
Y agrava un sombrío azul
Las pestañas de la estrella.

NOCTURNO

Sobre el quieto mar azul
Que el plenilunio dilata,
Se deshoja el cielo en plata
Como un lánguido abedul.

La infinita calma encierra
Una tristeza remota.
Un pálido ensueño flota
Sobre la paz de la tierra.

Ven a escuchar, amor mío,
El silencio melodioso
Que profundiza el reposo
Palpitado de rocío.

Lenta, lenta, pasa la hora,
Adormeciendo callada
Tu cabeza reclinada
Sobre el pecho que te adora.

Y la dulce soledad
Suspende nuestro destino,
En un éxtasis divino
De luna y de eternidad.

VIENTO Y OLAS

Su alta crín el mar enarca
Con vasto rumor de fronda.
El potente hombro de la onda
Va apalancando la barca.

El tiempo se ha puesto malo,
Aspero el obenque vibra,
Y el vigor gime en la fibra
Más recóndita del palo.

Lanza el empuje violento,
Abreviando más sus treguas,
Las innumerables yeguas
Que engendra en la sombra el viento.

Y en los insalvables bancos
Que el arenal mulle denso,
Revientan con golpe inmenso
Sus profundos pechos blancos.

OLAS GRISES

Llueve en el mar con un murmullo lento.
La brisa gime tanto, que da pena.
El día es largo y triste. El elemento
Duerme el sueño pesado de la arena.

Llueve. La lluvia lánguida trasciende
Su olor de flor helada y desabrida.
El día es largo y triste. Uno comprende
Que la muerte es así... que así es la vida...

Sigue lloviendo. El día es triste y largo.
En el remoto gris se abisma el ser.
Llueve... Y uno quisiera, sin embargo,
Que no acabara nunca de llover.

OLAS QUIETAS

Allá en el fondo del mar
Que iluminó su caída,
Tiembla una estrella dormida
Que en perla se va a cuajar.

Frunciendo irreales tules
A su paso sin vestigio,
Llegan a ver el prodigio
Lánguidas olas azules.

Y ante aquella luz serena
En que está soñando un alma,
Arrullan la frágil calma
Con blanda lengua de arena.

TARDES MARINAS

SERENIDAD

La bruma crepuscular
Densos borrones coagula.
Profundamente se azula
La noche sobre la mar.

El agua triste se aploma
Como un arenal más blando.
La espuma, como arrullando,
Se hincha en buche de paloma.

Con la marina fragancia
Palpita un lánguido aliento
Que parece el llamamiento
Remoto de la distancia.

Reina en la serenidad
Que sublimiza su altura,
La estrella azul que nos jura
Pureza y fidelidad.

Sobre las sombras ya hurañas
Que la mar sopla del Este,
Un polvo de luz celeste
Dejan caer sus pestañas.

Y prolongando su huella
En flotante onda de tul,
Te pones también azul
Como la noche y la estrella.

DELICIA

La pureza celestial,
Sobre la mar que reposa,
Sutiliza el vago rosa
De una tarde de cristal.

La brisa amores promete,
Y aunque, a ratos mortecina,
Ya es vuelo de golondrina,
Ya rizo de gallardete.

Por el pálido sendero,
La serenidad rosada,
Pasa como suspirada,
Evocando su lucero.

A nuestro embeleso unido,
El matiz de rosa crece,
Y de súbito parece
Que en un beso se ha encendido.

Y al leve rubor que arde
En tu secreto de amor,
Vuélvese en tí viva flor
Todo el rosa de la tarde.

PASION

Tiende el sol occidental
Con amoroso retardo,
Dorada piel de leopardo
Para tí en el arenal.

Bajo ese último arrebol
Que esclarece tu embeleso,
Tu ser, temblando en un beso
No es más que un rayo de sol.

El crepúsculo que asoma
Sobre el mar abandonado,
Trae en su calor rosado
No sé qué lánguido aroma.

Un suspiro hincha la espuma,
Más sólo se ensancha el mar,
Y al soplo crepuscular
Nuestra delicia perfuma.

ENCANTO

No turba la tarde un vuelo.
Un noble zafiro obscuro
Es el mar; y de tan puro,
Luz azul se ha vuelto el cielo.

Azul es también la duna...
Y en esa uniforme tela,
No hay más que una blanca vela
Que sale como la luna.

Tan honda es nuestra ventura,
Que algo en ella va a llorar.
Y lento solloza el mar
Su constancia y su amargura.

A TI UNICA

(Quintelo de la luna y del mar)

PIANO

Un poco de cielo y un poco de lago
Donde pesca estrellas el grácil bambú,
Y al fondo del parque, con íntimo halago,
La noche que mira como miras tú.

Florece en los lirios de tu poesía,
La cándida luna que sale del mar.
Y en flébil delirio de azul melodía,
Te infunde una vaga congoja de amar.

Los dulces suspiros que tu alma perfuman,
Te dan, como a ella, celeste ascensión.
La noche... Tus ojos... Un poco de Schumann...
Y mis manos llenas de tu corazón.

PRIMER VIOLIN

Largamente, hasta tu pie
Se azula el mar ya desierto,
Y la luna es de oro muerto
En la tarde rosa te.

Al soslayo de la duna,
Recio el gigante trabaja,
Susurrándote en voz baja
Los ensueños de la luna.

Y en lenta palpitación,
Más grave ya con la sombra,
Viene a tenderte de alfombra
Su melena de león.

SEGUNDO VIOLIN

La luna te desampara,
Y hunde en el confín remoto
Su punta de huevo roto
Que vierte en el mar su clara.

Media noche van a dar,
Y al gemido de la ola,
Te angustias, trémula y sola,
Entre mi alma y el mar.

CONTRABAJO

Dulce luna del mar que alargas la hora
De los sueños de amor; plácida perla
Que el corazón en lágrima atesora,
Y no quiere llorar por no perderla.

Así el fiel corazón se queda grave.
Y por eso el amor, áspero o blando,
Trae un deseo de llorar, tan suave,
Que sólo amarás bien si amas llorando.

VIOLONCELO

Divina calma del mar
Donde la luna dilata
Largo reguero de plata
Que induce a peregrinar.

En la pureza infinita
En que se ha abismado el cielo,
Un ilusorio pañuelo
Tus adioses solicita.

Y ante la excelsa quietud,
Cuando en mis brazos te estrecho,
Es tu alma, sobre mi pecho,
Melancólico laúd.

INTERMEZZO

LUNA LLENA

I

En argentino raudal
Que su talego desfonda,
Surge la luna redonda
De la tiniebla oriental.

Sobre la playa serena
El olaje desbarata
Sonoras bolsas de plata
Que echa a rodar por la arena.

Y en el agua al relumbrar,
Con la marea que crece,
La luna llena parece
Que nos inaugura el mar.

II

Lánguido mar de ceniza
En la vislumbre lunar
Que con rayo singular
Entre nubes se desliza.

Exaltándose plenaria
Tras un lejano capuz,
En blanca lista, la luz,
Finge orilla solitaria.

Viene de la inquieta hondura
Que alza un murmullo sombrío,
Con delgado escalofrío
El olor de la frescura.

Y poco a poco se advierte
Que esa luz blanca y postrera,
Es la pálida ribera
De la isla de la muerte.

III

Bondad de las noches solas
En que nuestra alma dormita
Ante la luna infinita
Que reina sobre las olas.

Abismo de resplandor
En que, con dulce martirio,
Se doblega como un lirio
La tristeza del amor.

A TI SOLA

(*Romanzas del mar y de la estrella*)

LA ESTRELLA DEL PESCADOR

Con el lúcido temblor
De la lágrima al brotar,
Aparece sobre el mar
La estrella del pescador.

Su desnudez sin un tul,
Purifica al cielo inmenso,
Que así la adora, suspenso
En un éxtasis azul;

Mientras la tarde amorosa
Templa su oro veraniego,
Y en un suspiro de fuego
La absorbe como a una rosa.

El pausado mar del Este,
Que a su rayo se nivela,
Le alza, temblando en su estela,
Larga mirada celeste;

O hinchando en son de huracán
Sus olas occidentales,
Le arroja randas y chales
Con largueza de sultán.

Elevándose después,
Más dulce alumbra la estrella,
Y la noche, en torno de ella,
Se azula como un ciprés.

Y agranda su claridad,
Tan profunda y tan inmensa,
Que parece que la piensa
Su divina obscuridad.

LA NUBE DE LA TARDE

Nubecilla de la mar,
Que volando a otras comarcas,
Anticipas a las barcas
La ilusión de navegar.

En la tarde dulce y bella
Que te cuajó de su efluvio,
Pareces un rizo rubio
Que se ha cortado la estrella.

EL AVE MARINA

Alza una gaviota el vuelo,
Y hacia la estrella remota,
Parece que la gaviota
Fuera hundiéndose en el cielo.

Quién pudiera sobre el mar,
Como la gaviota aquella,
Darse al viento, dulce estrella,
Y hacia tí volar, volar...

EL ENCANTO DE LA TIERRA

Mientras con vago suspiro,
Translúcida noche cierra,
Diríase que la tierra
Se azula como un zafiro.

Y bajo el dulce fulgor
De la estrella que se asoma,
El mar se llena de aroma
Como si estuviese en flor.

EL LUCERO

Sobre la nave temprana
Que surca la onda serena,
Va meciéndose en la entena
La estrella de la mañana.

El mar, entre vagos tules,
Con suavísimo desmayo,
Parece abrir en su rayo
Sus torvas cejas azules.

Y aquietando su hondo afán,
Como tu amor en mi vida,
La estrella cae dormida
En el seno del titán.

EL AÑO DICHOSO

PLENITUD INVERNAL

De vuelta a la casa, en lo eterno
De la calma y del frío, iba solo.
Su humilde cantito de invierno
Lanzaba, invisible, el chingolo.

Ambarina acritud de retama,
Predecía en la próxima estufa
El noble furor de la llama,
La tarea del fuelle que bufa.

El humo, en el pálido ambiente,
Difundía sutil levedad.
Su hebra azul iba infinitamente
Creando la serenidad.

EMOCION PRIMAVERAL

Dilatábase en campos sin vallas
El ámbito azul de mi arrobo
Que la copa del viejo algarrobo
Mecía en su cesto de agallas.

Ni un brote en los gajos, ni un vuelo.
El rastrojo de sed padecía.
Cuando vino del pálido cielo
Un soplo de ingenua alegría.

Sentí apenas aquel alborozo,
Más vago que pronto en pasar.
Y al chirriar la roldana en el pozo,
Rompió la pintada a cloquear.

DELEITE ESTIVAL

Del bravo calor surgió lenta,
Al confín de la pampa remota,
En titánicos mármoles rota
Sobre un pozo de azul la tormenta.

Emanaban los tréboles de oro
La luz, en un pálido lampo.
El pecho profundo del campo
Se hinchó en el mugido del toro.

La brisa rural de la gleba
Perfumóse en el ancho higueral,
Y negro a la par de su breva,
Silbaba burlón el zorzal.

GLORIA OTOÑAL

Tarde inmensa en la calma del mundo.
Una calma divina, rumiada
Por el buey, en bocado profundo
De sol claro y de hierba dorada.

La paja del campo sereno
Caminaba sin fin por la loma.
La grave tibieza del heno
Suspiraba hondamente su aroma.

Onduló el pajonal ya más blando,
Y al tenderse con rubios reflejos,
En su rizo de oro, allá lejos,
La luz se peinaba cantando.

EL TRONCO MUERTO

Su tumbada grandeza arropa el blando
Caer de la hojarasca; al flanco oblongo,
Tenebrosa humedad va fomentando
Llagas de liquen y carnazas de hongo.

Una agreste quietud de nuevo mundo
Se afianza en su rugosa corpulencia;
Y con ser el silencio tan profundo,
Da la impresión de una reciente ausencia.

De algún rudo muñón sangra el tanino.
Acre aroma de monte en torno brota.
Y allá muy alto, boga en un divino
Golfo de azul la inmensidad remota.

EL OJO DE AGUA

La tarde, en su inmensa masiega,
Se humedece sombría y opaca.
Borbolla la rana labriega,
Y huele a boñiga de vaca.

Su poca agua que nunca se agota,
Es tranquila como una doncella.
En su transparencia remota
Se alcanza a mirar una estrella.

A la idílica paz que dilata
Un tañido de dulces cencerros,
Escúrrese en hebra de plata
Suavemente lamida de berros.

SOPLO PRIMAVERAL

Sobre los campos yermos, una temperie leda,
Dilata ya un perfume vago de vieja seda.

Los durazneros donde tiritan aun las rachas,
Adoptan el sencillo rosa de las muchachas.

En los cardos tenaces pone el rocío perlas,
Y vale ya la pena tratar de recogerlas.

Cobra de nuevo un claro sentido la laguna,
Y en su plata sin cuño se amoneda la luna.

Conmueven ya la quinta misteriosos engendros,
Y, de blancos, parecen ángeles los almendros.

EL NIDO

Una arista, una cerda, un hilo, un copo
De lana ocasional, y mucha espina.
Una honda suavidad de pluma fina,
Y un triple gajo de cimbreño chopo.

Y al declinar la vespertina hora,
En la puerta del tálamo sencillo,
Dorándose de sol el pajarillo,
Con gorjeo más suave se enamora.

LA NIDADA

Ayer, en la tibieza de la paja,
Un primor blanco, azul, rosa o pintado.
Hoy, los pichones ya, como un puñado
De uvas rosas que el sol a lo ancho saja.

Mientras la hembra las cáscaras transporta
Para que la alimaña no lo sepa,
A un gajo dominante el macho trepa,
Quieto en un vasto azul de siesta absorta.

Si pretendes turbar a esos felices,
Es de ver con qué audacia se te crispa
El cardenal; y el colibrí, esa chispa,
Te zumba su coraje en las narices.

EL PRIMER VUELO

Bajo el alero de las golondrinas,
¡Qué afán parlero, qué inquietud cercana
Divulgan nuestras gárrulas vecinas!
¡Cuánto prolonga su emoción ufana
La tarde que sonrosa las colinas!
¡Qué audaces curvas ante la ventana!
¡Qué celeste embriaguez!... Es que mañana
Van a volar las nuevas golondrinas.

EL NIDO AUSENTE

Sólo ha quedado en la rama
Un poco de paja mustia,
Y en la arboleda la angustia
De un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
No halla tregua a su dolor,
Y se para en cada gajo
Preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
Ya pía por el camino
Donde deja en el espino
Su blanda lana la oveja.

Pobre pájaro afligido
Que sólo sabe cantar,
Y cantando llora el nido
Que ya nunca ha de encontrar.

SALMO PLUVIAL

TORMENTA

Erase una caverna de agua sombría el cielo;
El trueno, a la distancia, rodaba su peñón;
Y una remota brisa de conturbado vuelo,
Se acidulaba en tenue frescura de limón.

Como caliente polen exhaló el campo seco
Un relente de trébol lo que empezó a llover.
Bajo la lenta sombra, colgada en denso fleco,
Se vió al cardal con vívidos azules florecer.

Una fulmínea verga rompió el aire al soslayo;
Sobre la tierra atónita cruzó un pavor mortal;
Y el firmamento entero se derrumbó en un rayo,
Como un inmenso techo de hierro y de cristal.

LLUVIA

Y un mimbreral vibrante fué el chubasco resuelto
Que plantaba sus líquidas varillas al trasluz,
O en pajonales de agua se espesaba revuelto,
Descerrajando al paso su pródigo arcabuz.

Saltó la alegre lluvia por taludes y cauces;
Descolgó del tejado sonoro caracol;
Y luego, allá a lo lejos, se desnudó en los sauces,
Transparente y dorada bajo un rayo de sol.

CALMA

Delicia de los árboles que abrevó el aguacero.
Delicia de los gárrulos raudales en desliz.
Cristalina delicia del trino del jilguero.
Delicia serenísima de la tarde feliz.

PLENITUD

El cerro azul estaba fragante de romero,
Y en los profundos campos silbaba la perdiz.

MAÑANA DORADA

Praderas que florecen subiendo a la montaña
Que ya a las más vecinas transfunde su alma azul.
Claridad de las nieves que al fresco mundo baña,
Alzando de los valles el cielo como un tul.

De las postreras sombras la tierra se redime.
Los cristalinos aires crispa el frío viril,
Que trae con el beso de la nieve sublime,
El matinal ladrido del perro del redil.

Parece que al contacto de la nevada cumbre,
Sus cenizas azules fuera dejando el sol,
Al verter como un noble metal licuado en lumbre,
Sobre campos y montes su entraña de crisol.

En vívido lingote la tierra se condensa;
Con lento flujo de oro dilátase la mies;
Y sobre una dorada quietud de agua suspensa,
Lloran oro los sauces, y hay más oro después.

Remoto son de cántico levanta el horizonte;
Esfuérzase en el alma la buena voluntad;
Y en olorosa ráfaga sale el viento del monte,
Cual de un sólido pecho la generosidad.

LOS OJOS DEL CREPUSCULO

Como en un fondo de agua ligera, honda y tranquila,
En lo azul de la tarde reposan las campañas.
Y a la estrella que entreabre su lúcida pupila,
La sombra de la noche le tiembla en las pestañas.

Una obscuridad leve va alisando la hierba
Con la habitual caricia de la mano en el pelo;
Y en su última mirada lleva la tierra al cielo,
La sumisa dulzura del ojo de la cierva.

El azul de la tarde quieta es el cielo mismo
Que a la tierra desciende, con deliquio tan blando,
Que parece que en ella se aclarara su abismo,
Y que en su alma profunda se estuviera mirando.

Y cuaja en el rocío que a la vera del soto
Lloran los ojos negros de la hierba nocturna;
Y contempla en el seno del agua taciturna,
Y dilata más lentos los párpados del loto.

Y cristaliza, a modo de témpanos, los muros
De la casita blanca que con su puerta mira
La paz de las praderas; y suavemente expira
En la noble tristeza de tus ojos obscuros.

EL ENCANTO DE LA NOCHE

Por el serenado ambiente,
Sombrío frescor se esparce.
La noche estrecha en su engarce
El ópalo del Poniente.

Con temerosa reserva
Desata sus largos tules;
Sus hondas huellas azules
Aterciopelan la hierba.

Perfuman nobles jazmines;
Y con la luna que asoma,
Parece alzarse en su aroma
El ángel de los jardines.

Dilata el astro hacia el Este
Su espejismo de laguna,
Y en un abismo de luna
Flota la calma celeste.

Vierte esa luz dulce pena;
Y como un lirio tardío,
El alma se abre al rocío
De sed amorosa llena.

Cuánta blancura reposa
Sobre la pradera en calma;
Y en el sauce y en el alma
Cuánta sombra misteriosa.

Lejos palpita una estrella;
Y el silencio, grave y manso,
Como un gran buey en descanso
Profundamente resuella.

Vaga congoja desiste
En el alma enajenada,
Y llora por tí... por nada...
Porque así es la vida... triste...

PAISAJES

I

LA HORA AZUL

El día, con jadeante fatiga de labriego,
Alborotado el rizo de su último arrebol,
Segaba allá en la linde, que era un perfil de fuego,
Sobre ulteriores campos sus gavillas de sol.

De este lado del mundo, pálidos abedules
Delineaban la tarde cual si fuera un vergel;
Y en el fondo, hacia tierras remotamente azules,
Iba el Silencio andando con un largo lebrel.

Iba el Silencio andando, con su estrellada frente
Oculta todavía tras de lo inmaterial;
Mas ya en su pensamiento se azulaba hondamente
La inmensidad con una luz sobrenatural.

Y se azuló la hierba; y en un zafiro al monte
Se le traslució el alma bajo su torvo añil;
Y desleía el cándido cielo del horizonte,
Una azulina gota, como un lirio de abril.

Callaba el mundo, y desde la trémula distancia
Donde un polvo de luna cierne el aire en su tul,
La noche, dilatándose en lánguida fragancia,
Subía lentamente como un incienso azul.

II

FLORES Y ESTRELLAS

Y era aquella una noche de las noches más bellas,
El Silencio, sobre una blanda quietud de mar,
Inclinando su frente coronada de estrellas,
Allá en el horizonte se puso a meditar.

Cual de una negra tierra que en claros lirios brota,
Iban saliendo estrellas de su meditación,
Cuyo ritmo animaba sobre la mar remota,
Largas cuerdas azules en su palpitación.

Y el Silencio crecía; y a veces, de su calma,
Cual se desprende el pétalo de un lánguido jazmín,
En una lenta lágrima de luz se le iba el alma,
Y era una estrella errante caída en el confín.

El trémulo universo, saliendo de sí mismo,
En flores y en estrellas manifestó su ser.
Los ojos del Silencio, graves sobre el abismo,
Contemplaban al cielo y al mundo florecer.

La tierra perfumaba como un callado huerto.
Balbucía la noche quejumbres de laúd.
Nada más que azucenas en el mundo desierto,
Y nada más que estrellas temblando en la quietud

III

ALBA

Hasta que en el Oriente palideció el lucero,
Y celebró la alondra con su himno matinal,
La magia del rocío que hace del mundo entero
Un lúcido prodigio de bruma y de cristal.

Y pareció que el cielo subía de la tierra
Como una vaporosa luz, que en vago temblor,
Entornó, con la calma de un ala que se cierra,
Grandes puertas azules sobre su propio albor.

Y por aquel remoto portal entró la estrella,
Lacia su crencha rubia, largo su velo al pié.
Y cual sucede al paso de una clara doncella,
Un suspiro fragante su leve ausencia fué.

IV

CLARIDAD

Tendió al ras de los campos su arco gigante el día,
Y rayó la alameda su dardo más viril.
En los álamos trémulos como el agua, reía
La fina luz dorada su alegría infantil.

El intrépido viento que levantaba el arco,
Acarreaba en translúcidas olas la inmensidad,
Y rodaba como una botella por un barco,
Al bascular el ámbito de la serenidad.

Y abría hoyos azules en los bosques espesos,
Como un profundo toro con su triunfal testuz;
O lanzaba a los campos ilusorios sabuesos
Que pasaban aullando *luz, luz, luz, luz, luz, luz...*

V

NUBES

Y largó el cielo el trapo de sus nubes lejanas,
Y bogó viento en popa como un franco bajel,
De azul embanderando quiméricos mesanas,
Y embarcando las selvas y las cumbres en él.

Y ora surgía entre aguas de ópalo la admirable
Torre de porcelana que habita el Gran Mongol,
O bien una amazona desnuda como un sable,
En su corcel marmóreo y espumoso de sol.

Y el país de las perlas, y el país de la plata,
Y otro mucho más bello que era un reflejo ya.
Llegó un témpano inmenso, pasó una catarata,
Y el lento azul se abría más allá... más allá...

VI

PLENO SOL

El calor, de vibrante, parecía sonoro.
El cielo era una tenue soflama de alcohol.
Y la siesta como una gruesa castaña de oro,
Se entreabría en el ámbito, crepitada de sol.

Bajo el soto cuya íntima sombra la espiaba, acaso,
Palpitante en la linfa vivaz del manantial,
La náyade torcía su trenza de oro al paso,
Y era el agua desnuda su cuerpo de cristal.

Una lánguida brisa, pálida entre sus tules,
Corriendo por los campos a su azaroso albur,
Removía en los céspedes suaves platas azules,
O en un largo carrizo silbaba al viento Sur.

La siesta declinaba, y en la aguja vibrante
De un noble álamo, el trino del jilguero feliz,
Desmenuzaba claros maíces de diamante,
Anunciando a los surcos el oro del maíz.

En generoso aliento se exhalaba el tomillo.
La tarde puso un poco de rosa en su pincel.
Y un haz de sol poniente, ya manso y amarillo
Se tendió ante la casa como un largo lebrel.

LA GRANIZADA

Sobre el repicado cinc del cobertizo,
Y el patio que, densa, la siesta calcina,
En el turbio vértigo de la ventolina
Ríen los sonoros dientes del granizo.

Ríen y se comen la viña y la huerta,
Rechiflan el vidrio que frágil tirita,
Y escupen chisguetes de saltada espita
Por algún medroso resquicio de puerta.

Junto al marco rústico, donde pía en vano,
Refúgiase un pollo largo y escurrido.
Volcado en el suelo yace un pobre nido.
En el agua boya la flor del manzano.

Con frescor de páramo el chubasco azota.
Cenizas de estaño la nube condensa.
Y al lúgubre fondo de la pampa inmensa,
Desgreñados sauces huyen en derrota.

EL ARCO IRIS

Un leve silencio de llovizna de oro
Serena los campos, albricia consuelos,
Y con lenta gloria reinan en los cielos
Los siete colores del bello meteoro.

Por el lindo puente de siete colores,
Vuelve la luz casta de la tarde amena.
Perfuma el poleo como un alma buena.
Del monte regresan tardos leñadores.

Enjugan los sauces delicioso llanto.
El arco sublime triunfa sobre el mundo.
Y al silencio de oro, más claro y profundo,
La paz de la tierra se alza como un canto.

LA TARDE CLARA

En el jagüel, más trémulo, la rana
Repercute sus teclas cristalinas.
La noche, por detrás de las colinas,
Su ala de torvo azul tiende cercana.
No acaban de decir "hasta mañana",
Locas de inmensidad las golondrinas.

LA NOCHE PURA

Floreció, con la lluvia, en los jardines,
El cándido jazmín de primavera.
La noche, cual profunda enredadera,
Cuaja también en luz claros jazmines.

ALAS

EL CHINGOLO

Cuando el campo está más solo,
Y la casa, en paz, abierta,
Aparece por la puerta,
Muy sí señor, el chingolo.

Viene en busca de una miga
O una paja de la escoba,
Que, ciertamente, no roba,
Porque la gente es su amiga.

Salta, confiado, al umbral,
Y solicita permiso,
Con un gritito conciso
Como pizca de cristal.

El sol, con larga escobada,
Lo desfloca en áureo estambre,
Y en un transparente alambre
Trueca su pata delgada.

Otro salto, y ya está adentro.
Y en el haz de sol avanza,
Pues no excluye su confianza
La idea de un mal encuentro.

Su ropita pastoril
La agracia un lindo copete.
(Si el cardenal es cadete,
El es conscripto gentil).

Capa gris con caperuza;
Camisa y corbata blancas;
Chaleco café que en francas
Negligencias se descruza.

Aunque trasluce su forro,
Bien le sienta aquel modelo,
Y un vivo de terciopelo
Le orilla de negro el gorro.

Pálida espina de sol
Pule su pico de cuerno,
Y le brilla, ufano y tierno,
El ojillo de charol.

En la ladera de cuarzo
Del camino que se ahonda,
Bajo una mata redonda
Anida de Agosto a Marzo,

Su cesto de cerda y paja
Coloca al lado del Norte,
A fin de que así soporte
Viento y lluvia con ventaja.

Y despistando al gandul
Con artificios sencillos,
Pone sus tres huevecillos
Crispidos en fondo azul.

En la honda siesta de llama,
O en el crepúsculo frío,
Su *Curí... curí qui quïo...*
Alegra la áspera rama.

Y todavía a deshora,
Cuando las noches son bellas,
Al amor de las estrellas
Sueña cantando la aurora.

Bajo la estación más cruel
Que las campiñas abruma,
De su bolita de pluma
Brota un trino humilde y fiel.

Ya no abandona el contorno
De la casa solariega
Donde como un chico juega
Sobre el mortero y el horno.

Y como es tan poco esquivo,
En la misma troje acampa,
O el afrecho de la trampa
Va a escarbar intempestivo.

O en el pajizo capuz
Del adormilado alero,
Se disfraza de jilguero
Con el oro de la luz.

O con valeroso alarde
Su postrer gorjeo empina
Sobre la espléndida ruina
Del palacio de la tarde.

En el primer desperezo
Primaveral, con qué gracia
Su flor anuncia a la acacia,
Pinta su guinda al cerezo.

Y, amable chisgarabís
Que a la doncella acongoja,
Pía detrás de cada hoja
Como diciendo: *Luis, Luis*...

Ya de afrecho se atiborra,
Rondando a la molendera,
Con lo que, de esta manera,
Le ayuda a hacer mazamorra.

Ya entre los pollos pulula,
Ya escudriña los cacharros,
Y es vecino de los carros
Donde le hace pan la mula.

En el silencio y la paz
De una estudiosa mañana,
Se asoma a la escuela aldeana
Como anunciando solaz.

Curí... curí... Y desde el seto
Que trenza su verde cinta,
Trae, en fragancias de quinta,
La tentación del asueto.

O en el patio de la escuela,
Su saltito impertinente,
Parece que eternamente
Va jugando a la rayuela.

Y ahí donde ustedes lo ven,
Cortés, mas nunca vasallo,
Erizado como un gallo
Traba su riña también.

Chingolito de mi vida,
Que fuiste mi compañero
En el tiempo placentero
De la inocencia florida.

Quién me diera, sin retardo,
Volver a aquella delicia,
Como en la estación propicia
Le vuelve la flor al cardo.

Yo sufro mucho de amor,
Y cuando estoy triste y solo,
Quisiera oir al chingolo
Para calmar mi dolor.

EL PIRINCHO

Una mecha de paja al desgaire,
Que el sol descolora allá arriba,
Y un plañido de pito en el aire.

Y dos, tres, cuatro, seis... Comitiva
Que llena de pluma sin peso
La rama en que apenas estriba.

Tanto alza la cola con eso,
Que parece que en su desatino,
Va a soltarnos el huevo azulino
Firmado con letras de yeso.

LA COTORRA

Sobre el gajo trunco de un árbol en ruinas,
Cuando es más pesada la solar modorra,
En la inmensa carga del nido de espinas,
Su flámula verde pone la cotorra.

Con alborotadas desafinaciones,
Llega propalando sus charlas burlescas;
Y como en el nido tiene ya pichones,
Le cierra la boca con ramitas frescas.

Allá se adormila con vago meneo,
O algún divertido palitroque labra;
Y en la somnolencia de su cuchicheo,
Se entrecorta un eco que casi es palabra.

EL FEDERAL

Dilatado en ferviente apogeo
Ante el sol que traspone el vergel,
Bebe en la onda feliz del gorjeo
Una luz que parece de miel.

Su cabeza con ella le arde
Como un ascua de claro arrebol,
E infla el pecho en que sangra la tarde,
Con el brío de un húsar del Sol.

Negra capa, mejor esclarece
Aquel noble jubón de carmín,
Y al compás de la marcha parece
Que la alzara con el espadín.

Profundiza su azul la distancia.
Comienza la acequia a cantar.
Y un lecho de inmensa fragancia
Le tiende el florido alfalfar.

EL CARPINTERO

El maestro carpintero
De la boina colorada,
Va desde la madrugada
Taladrando su madero.

No corre en el bosque un soplo.
Todo es silencio y aroma.
Sólo él monda la carcoma
Con su revibrante escoplo.

Y a ratos, con brusco ardor,
Bajo la honda paz celeste,
Lanza intrépido y agreste
El canto de su labor.

LOS TORDOS

Del árbol que aterido se avejenta,
Brota un trino de lírico deleite,
Y la siesta invernal se entibia, lenta,
En una suave claridad de aceite.

Poco a poco, otro trino se levanta,
Y otro, otro y otros, en concierto tal,
Que parece que todo el árbol canta
Cual si se hubiera vuelto de cristal.

Pónese a oir, devoto, el campo entero;
Oye la casa, y con quietud sumisa,
Parpadea en las pajas del alero
El trémulo silencio de la brisa.

No cantan el amor, que aun el invierno
Vela los valles con su ambiguo tul;
Sino, como soñando en gozo eterno,
La ligera ebriedad del día azul.

Encogido en el nudo de su rama,
Cada uno afina el inspirado alegro;
Y en su negrura cárdena se inflama
Con viva nitidez su ojo más negro.

Y el negro pico ajusta la armonía
Con primoroso engaste de joyel.
Alicates de aquella pedrería
Que talla el pájaro en su arrobo fiel.

Y el trino evoca las mañanas de oro,
Cuando en el esplendor de la pradera,
Rompe a cantar sobre la cruz del toro
Su gloriosa fruición de primavera.

Y la vendimia audaz, cuando al arrimo
De los pámpanos de oro y de arrebol,
La sombra violeta del racimo
Se inquieta en su evasivo tornasol.

Y el nido ajeno en que, bravío intruso
Sin vivienda ni tálamo, desova,
No más cauto del huevo que allá puso,
Que de las perlas sueltas de su trova.

En claro azul florece como el lino
La limpidez del cielo pastoril,
Y parece que el aire, con el trino,
Se pone más vibrante y más sutil.

Múllese en las campiñas el descanso.
Dulce beatitud el alma enerva.
Y el tiempo corre delicioso y manso
Como un agua dorada entre la hierba.

EL LLORA - SANGRE

Llora sangre el mártir en su áspera rama.
Tanta sangre llora su desolación,
Que parece, al rayo del sol que lo inflama,
Todo tinto en sangre como un corazón.

Mudo y solitario, su éxtasis confina
En lo más perfecto de la soledad.
Lágrima de sangre que manó la espina
En su dolorosa generosidad.

EL JILGUERO

En la llama del verano,
Que ondula con los trigales,
Sus regocijos triunfales
Canta el jilguerillo ufano.

Canta, y al son peregrino
De su garganta amarilla,
Trigo nuevo de la trilla
Tritura el vidrio del trino.

Y con repentino vuelo
Que lo arrebata, canoro,
Como una pavesa de oro
Cruza la gloria del cielo.

LA TIJERETA

Ya vuele errática y ligera,
Ya pesque al ras un renacuajo,
Con el más sorprendente tajo
Corta los aires su tijera.

No se oculta ningún tesoro
Bajo el paño gris de su capa,
Pero su gorra negra tapa
Un eréctil capullo de oro.

Su nido expone al huracán
En el gajo más fino y alto,
De donde ve sin sobresalto
Al carancho y al gavilán.

Y plantándosele en la nuca,
Sin temer su pico de gancho,
Ahuyenta al mandria del carancho
Hasta raparle la peluca.

EL BOYERO

A su isla umbrosa siempre fiel,
Con obscura fibra espartera
Se teje, en larga faltriquera,
Un nido negro como es él.

Pronto aprende a cantar, gentil,
Ciertas palabras con dulzura.
Su pico blanco, en la negrura,
Talla un silbato de marfil.

LA GOLONDRINA

En la trama ligera
De un girón de neblina,
Su primer golondrina
Trae la primavera.

Detrás de ella abre el cielo
Serenísimo tul,
Y en su intrépido vuelo
Colúmpiase el azul.

Y los vértigos salva,
Tendida al infinito,
Y aclárase en su grito
La perla azul del alba.

Cristales de luz quiebra
Su presuroso afán,
O prolonga una hebra
De sol, en largo hilván.

O con sutil donaire
Su veleta dibuja
En la sublime aguja
Del castillo del aire.

O sobre el turbio estero
Pasa echando la red,
O estrellado tintero
Semeja en la pared.

O parece que llama
Solícita al enjambre,
Poniendo en un alambre
Su alado telegrama.

Pero, no bien se posa,
Cuando parte, gentil,
En un ensueño rosa
De tarde pastoril.

Un esplendor sonoro
Bajo ella se desliza,
Mientras la tarde riza
Sus corderitos de oro.

Su V, su T, su H,
Pinta en un arrebol,
Y engarza su azabache
Con su aro ardiente el sol.

LA URRACA

Tiene manto negro y celeste,
Camisa crema y boina negra;
De oro el ojo, y un grito agreste
Y matinal, que al bosque alegra.

Con crugido de nuez cascada,
Ritma sus saltos de perfil.
(También hay la urraca morada
De Misiones y del Brasil).

Estalla el son en su metal.
Y en su lujoso terciopelo,
Borra de noche y luz de cielo
Mezcla la selva tropical.

EL PITO - JUAN

En la punta del chopo (tan alta
Que se azula) con súbito afán
Que su grito clarísimo exalta,
Pide a Juan *¡Pito, Juan, Pito, Juan!*

A la gloria del sol de la tarde,
Su pecho es un largo limón;
Y en su grito de intrépido alarde,
Palpitar se le vé el corazón.

¡Pito, Juan, Pito, Juan, pito, pito
Pito, Juan!... Y erizado el capuz,
Todo su oro publica en el grito
Como abriendo un capullo de luz.

LA CURRUCA

Crrr... rrric - Crrr... rric. En la pared que trepa
Como un ratón (le llaman la ratona)
En la torre, en el césped, en la cepa,
Resalta su minúscula persona.

Con algo de tarántula y de avispa,
Corre o vuela, y se engríe bravamente
La prez del ruiseñor, su alto pariente,
En su vivaz crepitación de chispa.

Allá en el caballete de ladrillos
Que alberga, con desdén de todo asalto,
Un rosado primor de huevecillos,
Canta, al sol de las doce, el pico en alto.

Parece que el fulgor la traspasara,
Roto en un vidrio, en vívido chapuz.
Y como un botijillo de agua clara,
Desborda enajenándose de luz.

LA CACHILA

Un gemidito titila
Por el aire, donde, en vilo,
Como colgada de un hilo
Va subiendo la cachila.

Allá cerca ha hecho su nido,
De la huella que en el barro
Deja la mula del carro
Al pasar cuando ha llovido.

Y así el pajarillo blando,
Entre el riesgo y el estruendo,
Vive volando y gimiendo,
Muere gimiendo y volando.

EL LORO

Socarrón, perspicaz, sonoro,
A la casa aturde y alegra
Con su ladina lengua negra,
Desde su aro o su percha el loro.

Sabe cantar un tango entero,
Los nombres nunca desacierta,
Y según llamen a la puerta,
Grita: *¡la leche!* o *¡el cartero!*

Ya repite la carcajada
Y el rezongo de la vecina,
Ya, remedando a la gallina,
Miente otro huevo a la nidada.

O apreciando al pelafustán,
Con su sagaz ojo de vieja,
Le suelta, mientras lo festeja,
Una medalla y un refrán.

Y es de admirar con qué decoro
No desprovisto de ironía,
Dice a la fámula tardía:
No se olviden del pan del loro.

Mas, aunque el pan sea muy rico,
Apenas hay mejor regalo
Que el de darle a mondar un palo
Donde pueda gastarse el pico.

También sirve un aro de pipa;
Pues, si no se hace de este modo,
El mismo se despluma todo
Y al primer frío se constipa.

En el nativo quebrachal,
Labra su nido, sin empacho,
Agujereándose un quebracho
Sobre la línea transversal.

De eso le queda la costumbre;
Y así, con cháchara traviesa,
Cala una pata de la mesa
O una viga de la techumbre.

Suspenso allá cabeza abajo,
Mientras le ofrecen una caña,
Con irritante sorna engaña
Su balanceo de badajo.

Pero, como es una persona,
En el fondo amable y sensata,
Sabe también "poner la pata"
En el dedo de la patrona.

Y habla con tal circunspección
Y propiedad tan perentoria,
Que oigan ustedes esta historia
Que es cosa cierta, no invención:

Un chiquillo que no sabía
Que existiese un pájaro que habla,
Con su lindo fusil de tabla
Junto a un loro se divertía.

Alborotado el pelo de oro,
Paróse ante él, impertinente,
Cuando de pronto, gravemente,
—*Cómo te va?* le dijo el loro.

Ante aquel aire de doctor,
Que le infundió profundo engorro,
Quitándose el chiquillo el gorro,
Respondió: —*Bien. Y a Vd., señor?*

Porque no en vano él atesora,
Cuando libre remonta el vuelo,
En la frente un poco de cielo
Y en el ala un poco de aurora.

Como una joya que bien labra,
Oro y rubí su pluma integra;
Y su ladina lengua negra
Saca el oro de la palabra.

Oro de loro que es tesoro
De alegría y de ingenio claro.
Fútil metal que acuña en su aro
Con derroche estridente el loro.

LA MONJITA

Para que nada sus vuelos estreche,
Busca, a la siesta, una rama bien sola,
Y cae de ella con sesga cabriola
Cual si volcara una copa de leche.

Como escribiendo en el aire, revuela;
Mas, pronto en su sitio posada,
Plegando el ala, de negro bordeada,
Sobre de luto le pone a su esquela.

Trémulo pasa un zumbido de insecto.
La avecilla parece más pura
Con la quietud. Su perfecta blancura
Cobija un silencio perfecto.

Se ahonda en pálido abismo la calma.
Y al remoto misterio del campo,
La avecilla revela con su ampo
La blanca y muda presencia de un alma.

EL ZORZAL

Al matinal
Cielo de añil,
Desde el pensil
Lanza el zorzal,
Silbo viril,
Loa jovial,
Que rompe el tul
Inmaterial
Del alba azul
Y angelical.

Largo arrebol
Dilata el sol
Por el tapial
De aquel vergel,
Donde, rival
Más claro qu'él,
Trinas, genial,
Cantas, sutil,
Pueril zorzal,
Zorzal gentil.

EL MARTIN PESCADOR

Sobre el remanso azul, agudo acecha
Desde un lánguido gajo del sauzal,
En inminente inclinación de flecha,
La lentitud profunda del caudal.

Oro de sol en la corriente boya...
Y destellando un súbito arrebol,
Identifica el pájaro en su joya,
Sauce verde, agua azul y oro de sol.

LA GARZA

En su abstracto candor, el tiempo vano
Inmoviliza eterno, hondo, distante,
La soledad obscura del pantano
Y una línea de tiza interrogante...

EL TERO

¡Tero-tero, tero-tero!...
Y fingen, rojas y alternas,
Sus aceleradas piernas
Los canutos del flautero.

¡Tero-tero!... Y así embauca
Con su propio grito iluso,
Lejos del huevo confuso
De pinta pecosa y glauca.

Todo el campo se alborota,
Y con premioso desvelo,
En un concéntrico vuelo
Ya el grito en el aire flota.

En su ala picaza oscila
El sol que al trasluz la esmalta,
Y parece que en voz alta
Se alegra la luz tranquila.

Desde el rancho, hacia el camino
Mira alguien desde la puerta,
Porque nunca desacierta
Su anuncio de buen vecino;

Que así, de noche o de día,
Siempre cerca de la casa,
Al ruido de lo que pasa
Suelta su grito a porfía.

Grito familiar que el viento
Lleva por llanos y charcas,
Aunque, según las comarcas,
Tiene distinto el acento.

Grito que al compás del ala
Va en perentorios rechazos,
Cual si espantara a cañazos
A la gente intrusa y mala.

Así, de intrépido modo,
Avizoran hembra y macho,
Erguido el negro penacho,
Pronto el espolín del codo.

La gola que se le crispa,
Fugaz tornasol dilata,
Y el espolín escarlata
Adquiere un brillo de chispa.

O bien, con sagaz remusgo,
Al soslayo se agazapa,
Bajo su evasiva capa
De adecuado color musgo,

Y así vigila expedito,
Con firmeza valerosa,
Siempre claro el ojo rosa,
Pronto siempre el claro grito.

¡*Tero-tero!* con la aurora
Que ruboriza ese alarde.
¡*Tero-tero!* con la tarde
Que nubes y campos dora.

¡*Tero-tero!* en el estero
Que va la sombra aplomando.
Y en el plenilunio blando,
¡*Tero-tero, tero-tero!*...

EXTASIS

El *Rey del Bosque* en la quebrada umbría
Está cantando. El vespertino tul
Flota ya, y en el canto se gloría
Profundamente la montaña azul...

... Profundamente azul. Y aunque, entretanto,
Brota una estrella de la inmensidad,
La tarde va aclarándose en el canto
Hasta volverse toda claridad.

EL ATAJA - CAMINOS

Al ras del camino de amplitud serena,
Que un tardo crepúsculo tapa de ceniza,
Su evasiva sombra de espectro desliza,
O, pegado al suelo, se borra en la arena.

Más meditabunda pónese la calma.
El paso, más sordo, la arena derruye.
Y en el suave pájaro que va, vuelve y huye,
Parece que al campo se le turba el alma.

LA LECHUZA

Evocando tristes cruces
Y cosas de sepultura,
Prende ante la cueva obscura
Su linterna de dos luces.

Cierra un claro anochecer
Lentos ojos de amatista,
Y ella al caminante chista
O habla con voz de mujer.

Y en aquel falaz remedo
De incomprensible palabra,
Pone su burla macabra
La loca risa del miedo.

EL ARACUCÚ

La media noche, sobre la montaña,
Trasluce como una uva un torvo azul...
Más lóbrego el ramaje se enmaraña...
Y en un gemido de dulzura extraña
Llora la selva: *Ar... rrra cu-cú cu-cú...*

Lento río de estrellas vuelca el cielo...
Llénase de fragancia la quietud...
Y el pájaro invisible, en su desvelo,
Llora sin esperanza de consuelo,
Doliente y fiel: *Ar... rrra... cu-cú cu-cú...*

La soledad suspira desde el soto
Un profundo frescor; se agrava aún,
Y más la llora aquel gemido ignoto,
A la vez tan cercano y tan remoto
Como la muerte: *Ar... rrra cu-cú cu-cú...*

LOS CÁPTAROS

Altos e invisibles sobre la laguna,
Y atardando un vuelo, como el sueño, blando,
Los cisnes de negros cuellos van cruzando
Por el blanco abismo del claro de luna.

Y *¡cáptaro, cáptaro!* grita el delantero,
Y *¡cáptaro, cáptaro!* responde la banda,
Al hallar el charco que buscando anda,
Borrado de luna todo derrotero.

Que así, en extraviados delirios azules,
Cuando la alta luna congrega su tropa,
Confunden con Ledas las piezas de ropa,
O en las azoteas se estrellan, gandules.

Piérdense un instante detrás del barranco...
Mas, pronto, su giro veloz no vacila,
Y sobre la plata del agua tranquila
Caen en un leve relámpago blanco.

La luna, embriagándolos con su albo destello,
Creó su sedosa blancura de perla,
Y un poco de noche les quedó al beberla
En la prominente redoma del cuello.

No mancha la inmensa claridad un tizne.
Y la luna, extática sobre los paisajes,
Sueña como un ángel cándidos celages
En que desparrama su pluma de cisne.

LA TORCAZ

El pleno sol goza enhiesta
Sobre un seco y alto tronco.
Desgrana en su arrullo ronco
Su áurea mazorca la siesta.

El follage, más umbrío,
Le ofrece en vano su toldo,
Y en palpitante rescoldo
Mulle su pluma el estío.

EL CACHOLOTE

Agobia un árbol con la pesadumbre
De su nido de mal trabada leña.
Su erizado copete se desgreña
Sobre el plumaje de color de herrumbre.

Turbulento, parece que relincha.
Sorbe al descuido el huevo de la clueca.
Y a veces, su azulada pata seca,
Algún robado pichoncillo trincha.

Suaviza un remoto eco de montaña
Su pífano de rústica soltura,
Y parece aclararse de frescura
La honda felicidad de la campaña.

LA PERDIZ

Su andar de doncella inquieta
Pone la angustia del yerro
En las narices del perro
Y el cañón de la escopeta.

Pero, al abrigo falaz
De la hierba fresca o mustia,
También tiembla en dulce angustia
Su silbido montaraz.

Así, en tal desasosiego,
Y ante todo azar perpleja,
Su timidez empareja
Con la gleba del labriego.

Atenta al más leve tris
Que, agazapándose, escucha,
Parece que la encapucha
La estepa del campo gris.

Todo el color que así pierde,
Como en brillante renuevo
Pinta su morado huevo
Que en la martineta es verde.

La que trasluce al revés
Su vibrante ala bermeja,
Con tres volidos se aleja,
Pero no dá más de tres.

Así el cazador mañoso
Su pólvora economiza,
Que, vivaz o agachadiza,
No escapa al trance riesgoso.

Y tras el natal terrón,
O al despavorido vuelo,
Zumba en su eterno desvelo
La saña del perdigón.

EL HALCON

Una sombra fugaz gira en el claro.
Y como si en su grito descorriera
Un sonoro cerrojo, campo afuera
La avizora gallina busca amparo.

Vibra él, alto en los aires. El sol lustra
Su atigrado plumaje cuando vira.
Punza, bravío, su ojo de oro. Y su ira
En un lamento lúgubre se frustra.

GLORIA SOLAR

Al pié del tala inmóvil y sombrío,
Rueda lentejas de oro el manantial,
Y un canto: *trïolïo, trïolïo,*
Rompe al sol de la siesta: el cardenal.

Brilla la brasa audaz de su copete
Con un erizamiento casi cruel;
Y su arrogancia de gentil cadete
Florece en ella como en un clavel.

Mientras con perezoso cuchicheo
Sopla el bochorno un hálito de fragua,
Pule como un diamante su gorjeo,
Sutil cristal en que se alegre el agua.

LA TORTOLA MONTARAZ

Bajo el denso tallar cuyo reposo
Promete al alma soledad eterna,
Se compunge su arrullo misterioso
En musical retumbo de cisterna.

Con un lento llorar de hoja marchita,
Mulle el bosque otoñal pálida alfombra,
Y en la queja recóndita palpita
El corazón profundo de la sombra.

EL PICAFLOR

Run... dun, run... dun... Y al tremular sonoro
Del vuelo audaz y como un dardo, intenso,
Surgió de pronto, ante una flor suspenso,
En vibrante ascua de esmeralda y oro.

Fué color... luz... color... A un brusco giro,
Un haz de sol lo arrebató al soslayo;
Y al desaparecer con aquel rayo,
Su ascua fugaz carbonizó en zafiro.

EL HORNERO

La casita del hornero
Tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
Justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
El padre guarda la puerta,
Con su camisa entreabierta
Sobre su buche redondo.

Lleva siempre un poco viejo
Su traje aseado y sencillo,
Que, con tanto hacer ladrillo,
Se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
El gajo de un sauce añoso,
O en el poste rumoroso
Se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
Canta su gozo sincero.
Yo quisiera ser hornero
Y hacer mi choza cantando.

Así le sale bien todo,
Y así, en su honrado desvelo,
Trabaja mirando el cielo
En el agua de su lodo.

Por fuera, la construcción,
Como una cabeza crece,
Mientras, por dentro, parece
Un tosco y buen corazón.

Pues como su casa es centro
De todo amor y destreza,
La saca de su cabeza
Y el corazón pone adentro.

La trabaja en paja y barro,
Lindamente la trabaja,
Que en el barro y en la paja
Es arquitecto bizarro.

La casita del hornero
Tiene sala y tiene alcoba,
Y aunque en ella no hay escoba,
Limpia está con todo esmero.

Concluyó el hornero su horno,
Y con el último toque,
Le deja áspero el revoque
Contra el frío y el bochorno.

Ya explora al vuelo el circuito,
Ya, sobre la tierra lisa,
Con tal fuerza y garbo pisa,
Que parece un martillito.

La choza se orea, en tanto,
Esperando a su señora,
Que elegante y avizora,
Llena su humildad de encanto.

Y cuando acaba, jovial,
De arreglarla a su deseo,
Le pone con un gorjeo
Su vajilla de cristal.

HORAS CAMPESTRES

MADRUGADA

La noche, sobre un leve cielo malva,
Desmayóse hondamente en lo infinito.
El lucero agravó, grande y marchito,
El desamparo atónito del alba.

Tocó una hez ligeramente acerba
La frialdad del campo mal despierto.
Un vientecillo todavía yerto,
Sopló yescas de sombra entre la hierba.

Un pájaro pió... calló... Y por largo
Tiempo, volvió a reinar la muda calma.
La estrella sola parecía un alma.
Corría un grave aliento de letargo.

Silencio aún... Mas ya, de lo profundo,
Alzó la noche, entre ilusorios tules,
Vagos espectros lánguidos y azules
En cuya imagen renacía el mundo.

Retempló un gallo su clarín de ataque.
Exhaló el campo un soplo de ventura.
Y pareció flotar en la frescura
Una leve ceniza de estoraque.

ALBA

Un hálito de aroma a la vislumbre
En que expira la noche violeta.
El cielo aclara en altitud de cumbre.

Con guiñada vivaz, la luz inquieta
La soledad tranquila de los campos,
Y vibra en el juncal tenue saeta.

Palpita el aire con fugaces lampos.
Cruzan la inmensidad cirros ligeros.
Y poco a poco, aquellos lentos ampos
Cuajan en rosa como durazneros.

AURORA

Altísimo y sutil cirro de plata
En el que aun enredarse parecía
Algo de luna, se volvió escarlata.

Y cielo y agua, campo y serranía,
Se inflamaron, sublimes, un momento
En el sonrojo juvenil del día.

Con el primer frescor del manso viento
Alentó el trebolar. Tendió una antena
De áureo crustáceo el celage lento.

Venía ya, por la cañada amena,
La dulce luz de palidez brillante,
Como un agua dorada por la arena.

Rayó el sol los linderos del levante;
Y abriendo inmensamente el infinito,
Su triple haz de oro se erigió, gigante,
En una excelsa prorrupción de grito.

DIA CLARO

En la gloria del sol palpita el mundo.
Y alzan su arquitectónica armonía
Blancas nubes en que, de azul profundo,
Sus bellas torres embandera el día.

Celebra el gallo con viril porfía
Aquel oro solar que arde en su gola,
Y en su cántico excelso se gloría
Empenachado por la verde cola.

Ciñe cada guijarro una aureola.
Cloroso calor exhala el heno.
Remueve el bosque un grave azul de ola.

El día es como el pan, sencillo y bueno.

TARDE

En una inflamación de oro ligero
Se embellece la tarde, y de un espino
Cae el dulce cantito del jilguero.

Y la gota dorada de aquel trino,
Es lo único que se oye en la grandiosa
Magnificencia del azul divino.

Parece que la luz, en cada cosa,
Una frente besara, suave y lenta;
Y de la hierba que se ha puesto rosa,
Mística sube el alma de la menta.

SERENIDAD

El horizonte de ópalo ya apenas arde;
La media luna en límpido cenit descuella;
Y en el pecho de tórtola de la tarde,
Solitaria y altísima brilla la estrella.

El cielo tranquiliza su desamparo;
Su misterio encapuchan negros pinares;
Y remonta las alas de un ángel claro
La inmensidad lejana sobre los mares.

SILENCIO

Gotea, muda, la fuente,
Y hasta su labio de piedra,
La lentitud de la hiedra
Se alarga infinitamente.

En la quietud del pensil
Que, como muerta, la estanca,
Parece la fuente blanca
Una tumba juvenil.

El mismo sueño de piedra,
Tumbas y fuentes abisma,
Eternizado en la misma
Fidelidad de la hiedra.

FIN

INDICE

Pág.

El hermoso día 9
Sonata primaveral 10
Verano 14

Las cigarras

I 15
II 16
III 17
Delicia otoñal 18
La violeta solitaria 19
Nieve florida 20
Pajaritos de invierno 21

Mapamundi

El Norte 25
El Oriente 26
El Sur 27
El Poniente 28

Repique matinal

I 29
II 30
III 31
IV 32

Cantares del mar y de la luz

Alba 35
La calandria 36
La mañana 37
El Sol — I 38
II 39
III 40
Crepúsculo 41
Nocturno 42
Viento y olas 43
Olas grises 44
Olas quietas 45

Tardes marinas Pág.

Serenidad 49
Delicia 51
Pasión 52
Encanto 53

A ti única (quinteto de la luna y del mar)

Piano 57
Primer violín 58
Segundo violín 59
Contrabajo 60
Violoncelo 61

Intermezzo

Luna llena — I 65
II 66
III 67

A ti sola (Romanzas del mar y de la estrella)

La estrella del pescador 71
La nube de la tarde 73
El ave marina 74
El encanto de la tierra 75
El lucero 76

El año dichoso

Plenitud invernal 79
Emoción primaveral 80
Deleite estival 81
Gloria otoñal 82
El tronco muerto 83
El ojo de agua 84
Soplo primaveral 85
El nido 86
La nidada 87
El primer vuelo 88
El nido ausente 89

Salmo pluvial Pág.

Tormenta 93
Lluvia 94
Calma 95
Plenitud 95
Mañana dorada 96
Los ojos del crepúsculo 98
El encanto de la noceh. 100

Paisajes

I. — La hora azul 105
II. — Flores y estrellas 107
III. — Alba. 109
IV. — Claridad 110
V. — Nubes 111
VI. — Pleno sol 112
La Granizada 114
El arco iris 115
La tarde clara 116
La Noche pura 117

Alas

El Chingolo 121
El Pirincho 127
La Cotorra 128
El Federal 129
El Capintero 130
Los Tordos 131
El Llora - sangre 134
El Jilguero. 135
La Tijereta. 136
El Boyero 137
La Golondrina 138
La Urraca 140
El Pito - Juan 141
La Curruca 142
La Cachila 143
El Loro 144
La Monjita 148
El Zorzal 149
El Martín Pescador 150
La Garza 151

Pág.

El Tero 152
Extasis 153
El Ataja - caminos 156
La Lechuza 157
El Aracucú 158
Los Cáptaros 159
La Torcaz 161
El Cacholote 162
La Perdiz 163
El Halcón 165
Gloria solar 166
La Tórtola montaraz 167
El Picaflor 168
El Hornero 169

Horas campestres

Madrugada 175
Alba 177
Aurora 178
Día claro 179
Tarde 180
Serenidad 181
Silencio 182

EDICIONES M. GLEIZER

TRIUNVIRATO 537

dolor de vivir . . . . $ 3.—
Aybar Sobre Casas.—El amor como redención . " 2.50
Amicis Edmundo de. — Joyas literarias (encuadernado) . . . . . " 2.50
Alas Claudio de.—Visiones y realidades . . . " 2.50
Id. Id. — La herencia de la sangre . . . . . " 2.50
Arsamasseva Margarita de. — El brazalete de záfiros . . . . . " 2.—
Brumana Herminia C. — Cabezas de mujeres . " 2.—
Bosco Guillermo Dr. — Electrocardiografía y poligrafía clínicas . . " 6.—
Berdiales Germán. — Las fiestas de mi escuelita " 1.—
Barreda Ernesto Mario. Nuestro Parnaso (4 tomos) . . . . . " 8.—
Id. Id. — Una mujer (novela) . . . . . " 2.—
Id. Id. — Baba del diablo (novelas y cuentos) . . " 2.50
Bermann Gregorio. — José Ingenieros . . . . „ 2.50
Boy. — Las parejas negras . . . . . " 2.50
Cancela. — Tres relatos porteños . . . . . " 2.50
Id. Id.—El burro de Maruf . . . . . " 2.50
Capdevila Arturo. — La casa de los fantasmas " 2.—
Id. Id. — América . . . " 2.50
Carrasco Germán. — Rimas de inquietud . . . " 1.50
Cichero Félix Esteban.— La vida en cuentos . " 2.—
Id. Id. — Los zánganos „ 2.—
Calle Jorge. — El pasajero sugerente . . . . " 2.50
Cortina Aravena. — Nocturnos y otros poemas " 2.—
Dubnow. — Historia contemporánea del pueblo judío . . . . . „ 5.—
Eichelbaum. — Un hogar " 1.20
Amaya Florencio J.—El
Eichelbaum.— Un monstruo en libertad . . . $ 2.50
España José de. — La mujer de Shaighai . „ 2.—
Id. Id. — La psicología de Rosas . . . . . „ 2.—
Fabri Luis. — Dictadura y revolución . . . . . " 2.—
Fingermann G. — Estudios de Psicología y de Estética . . . . . " 2 50
Flores Mario. — Cristales (cuentos fantásticos) . " 1.—
Goldschmith. — Moscú, (viaje por la Rusia soviética) . . . . . " 2.—
González Tuñón Raúl. — El Violín del diablo . " 2.—
González Tuñón Enrique. — "Tangos" . . . . . " 1.50
Giménez Pastor. — Velada de cuentos . . . . " 2.50
García Velloso E. — Piedras preciosas . . . . " 3.—
Gouchón Cané E. — Los héroes del amor . . . " 2.—
Grunberg Carlos M.— El libro del tiempo . . . " 2.—
Gutiérrez Ricardo. — La flecha en el vacío . . " 2.50
Gerchunoff Alberto.—La asamblea de la Bohardilla . . . . . " 2.50
Id. Id. — El hombre que habló en la Sorbona . " 2.50
Id. Id. — Historias y proezas de amor . . . „ 2.50
Herrero Antonio. — A. L. Palacios . . . . . " 1.50
House Guillermo.—Alma Nativa . . . . . " 2.50
Ibarguren Carlos. — Manuelita Rozas . . . . . " 2.50
Id. Id.—De nuestra tierra (2ª edic.) . . . . . " 2.—
Ingenieros José. — Los tiempos nuevos . . . . " 1.50
Kropotkin. — Etica . . " 2.50
Id. Id. — Historia de la literatura Rusa . . . „ 4.—
Krupkin. — "La taza de chocolate" . . . . . " 1.50

Lagorio Arturo. — Las tres respuestas . . . . $ 2.50
Id. Id. — El traje maravilloso y otros cuentos " 2.50
Loncan Enrique. — He dicho . . . . . „ 2.50
Id. Id. — Las charlas de mi amigo (2ª edición) „ 3.—
Lebrón Agustín. — Lo que dicen ellas . . . „ 1.—
Last Reason. — A rienda suelta . . . . . " 1.20
Ledesma Roberto.—Caja de música . . . . . " 1.50
Lugones Leopoldo. — El Angel de la Sombra . " 2.50
Id. Id.—La guerra Gaucha . . . . . " 3.—
Id. Id. — El libro de los paisajes . . . . . „ 2.50
"Luz y Sombra". — Chic " 2.50
Marechal Leopoldo.—Los Aguiluchos . . . . . " 2.—
Martínez Cuitiño V. — Teatro. Tomo I: La fuerza ciega. - La humilde quimera . . . . " 2.50
Tomo II: El segundo amor - La bambolla - Rayito de sol . . . . . " 2.50
Tomo III: La fiesta del hombre - Los Colombini - El viaje de D. Eulalio . . . . . " 2.50
Tomo IV: Los soñadores - El malón blanco - No matarás . . . . " 2.50
Tomo V: Cuervos rubios - Mate dulce - Notas teatrales . . . . " 2.50
Tomo VI: La mala siembra - El derrumbe - Nuevo mundo . . . . " 2.50
Moreno Ismael. — La Huerta . . . . . " 3.—
Id. Id. — El matadero . " 2.—
Mosquera Kelly F. — Del Plata al Illimane . . . „ 2.50
Méndez Caldeira M. Angélica.—Gracia y Castalia . . . . . " 2.50
Mercante Víctor.—Charlas pedagógicas . . . " 3.—
Morales Delio. — La confesión de Lander Pausarac . . . . . " 2.—
Id. Id.—Raimundo Nasen, el atormentado . . . . " 2.—
Medina Onrubia S.—Akasha (novela) . . . . . $ 2.—
Id. Id. — El vaso intacto " 2.—
Nogueira Manuel N. — Los excluídos del amor " 2.50
Olivera Lavié Héctor. — Una tragedia. . . . . " 2.50
Olivan Santiago C.—Las visiones del rondín (cuentos) . . . . . " 2.—
Olivari Nicolás.—La musa de la mala pata . . . " 1.—
Pagano José León. — El hombre que volvió a la vida . . . . . " 2.50
Peyret Marcelo. — Padre Nuestro . . . . . " 1.—
Id. Id. — Alta Gracia . " 2.50
Id. Id. — Mientras las horas pasan (cuentos de amor) . . . . . " 2.—
Pascarella Luis. — Horas matinales (páginas de un escolar) . . . . " 1.50
Palcos Alberto.—La vida emotiva . . . . . " 2.50
Id. Id. — El genio (2ª edición) . . . . . " 3.—
Palacios A. L. — Universidad Nueva . . . . . " 5.—
Quesada Josué. — Idolos que pasan . . . . . " 2.50
Rawson Manuel. — Emilio Mitre . . . . . " 2.50
Rojas Paz P. — La metáfora y el mundo . . „ 2.—
Rolland Romain. — Clerambault (2ª edición) " 2.—
Renán Ernesto. — Patricio (En tela) . . . . . " 2.—
Ripamonte C. P.—Janus " 2.50
Ruibal Salaberry Dr. — Higiene Pública. Ingeniería sanitaria . . . " 6.—
Scalabrini Ortiz R. — La Manga . . . . . " 2.50
Saravia Linares Clara.— Lirios de otoño . . . " 2.50
Soto y Calvo F. — Los poetas maullantinos en el arca de Noé . . . . . „ 2.—
Torre Peña Jorge de la. — Plata bruna . . . . " 2.—
Vedia Joaquín de.—Cómo los vi yo . . . . . " 2.50

A. de Martino
ESTABLECIMIENTO GRAFICO